

—Desgraciada Laura—dijo D^a Eujenia cayendo desplomada en un sitial.—Se lo habia yo pronosticado.

D. Fernando acudió al socorro de su esposa, que parecia próxima á desmayarse, y Benavides, como espantado de la revelacion que acababa de hacer, salió precipitadamente.

Daban en este momento las tres de la mañana.

.....

El padre Nitardo, delante de la mesa, abria las cartas que le habian quitado al preso, y daba cuenta á S. M.

X.

De lo que pasaba á las seis de la mañana.

ON José de Mallades, pues que ya sabemos que habia sido el preso, fué con el mismo sijilo trasladado de las prisiones de la inquisicion á un oscuro calabozo de la cárcel real.

Mallades comprendia que habia sido denunciado y que los papeles que le habian arrebatado lo comprometian en gran manera; pero muy lejos estaba de creer la suerte que le aguardaba.

D. José tenia confianza en la proteccion y amistad que le dispensaba el príncipe D. Juan de Austria.

El príncipe tenia enemigos terribles en la corte, la reina le queria mal, pero el señor D. Juan de Austria era un señor muy poderoso, capaz de hacer temblar á la corte con uno solo de sus movimientos, y Mallades sentia proyectarse en su misma prision la sombra augusta de su protector.

Esperaba que al dia siguiente sus amigos tuvieran noticia de lo que le habia acontecido, que escribirian al príncipe y que éste muy pronto lo haria poner en libertad.

Ah! y cómo pensaba reír á costa del padre Nitardo, cuando estuviera libre!

Mallades estaba entregado á estos alegres pensamientos cuando oyó que corrian los fuertes cerrojos de su calabozo.

Se abrió la puerta, y Mallades se sintió conmovido. A la rojiza luz del farol del carcelero, y á la pálida claridad de la mañana que penetraba por una claraboya, le pareció distinguir á un sacerdote.

Quiso calmar su ánimo él mismo, y pensó:

—Será otro preso; tendré compañía al menos.

—D. José de Mallades—dijo el carcelero.

—¿Qué se ofrece?—contestó desdeñosamente D. José.

—Dentro de una hora, se os dará garrote; aquí teneis á este reverendo padre para arreglar vuestros asuntos con Dios.

Un rayo que hubiera caido á los piés de D. José, le habria hecho quizá menos efecto que aquella sentencia de muerte notificada de una manera tan brutal.

D. José era un valiente, y sin embargo, su vista se nubló, sintió que iba caer y se apoyó en el muro.

Pero muy pronto, el valor y la reflexion, dominaron la impresion del momento.

—Quizá—pensó—tratan de acobardarme.....

Y animado con esta idea, exclamó dirigiéndose al carcelero y mostrándole la puerta con ademán resuelto.

—Está bien, sal de aquí.

El carcelero obedeció, y D. José quedó solo con el sacerdote.

Los dos se miraron largo rato, y ninguno se atrevia á romper el silencio hasta que Mallades haciendo un esfuerzo exclamó:

—Padre, ¿creeis que verdaderamente voy á morir?

—Lo creo, contestó el padre, lo creo, y como cristiano os ruego que os dispongais santamente para tan tremendo viaje.

D. José volvió á palidecer; la seguridad con que le hablabá aquel sacerdote, disipaba sus ilusiones: comenzó entonces á creer que realmente iba á morir.

La prediccion del astrólogo resonó en sus oidos de una manera distinta, como si la estuviese escuchando en aquel momento.

Todas sus ideas parecian detenerse ante aquella palabra espantosa que miraba como escrita siempre delante de sus ojos y en todas partes: "Muerte."

El carcelero no estaba ya allí, D. José se encontraba solo con el sacerdote, es decir, solo con su conciencia, solo con su mismo pensamiento, solo con Dios.

El sacerdote comprendió lo que estaba pasando en aquella alma atribulada y habló.

Su voz era dulce, vibrante de cariño, llena de unción, como la voz de un enviado, de un ministro del señor.

—Tened resignacion—dijo—el trance por el que vais á pasar, es amargo, es cruel; pero meditad que todos los mortales tienen que pasarle; os parecerá muy cercano; ¿qué son dos años, diez, mil, para ese infinito que se llama la eternidad? os parecerá que habeis entrado apenas á ese otro mundo cuando ya nos vereis á vuestro lado, no solo á nosotros, sino á cien jeneraciones que se alzarán y morirán despues que nosotros?

—Pero, padre, morir así tan jóven, y en el garrote.... no.... si no lo puedo creer.... Dios mio ¿pues cómo es posible?..... ¿dentro de dos horas ya no seré

yo....! ya seré un muerto.... ya me verán así como cadáver.... y yo no oiré, no sentiré.... no seré yo.... ¿pues qué seré!.... y luego para siempre.... Padre.... tengo pavor.... tengo miedo de morirme....

—Teneis miedo de morir, porque no pensais mas que en ese monton de cieno y de miseria que se llama la carne, que se llama el cuerpo; teneis miedo á la muerte, porque no comprendéis vuestra alma misma que no muere, que es inmortal, vuestra alma cristiana que rejenerada puede volver al cielo; por eso temeis, por eso el pavor os sobrecoje.... Dejad esas siniestras preocupaciones y vuestro espíritu se agitará gozoso pronto á romper la cadena que lo liga á este mundo, los ángeles os tenderán sus brazos, las puertas de la eterna Jerusalem se abrirán para recibiros; purificad en el sacramento vuestro espíritu, aceptad con alegría la palma del martirio, y como la mariposa que rompe su capullo para tender sus alas al sol, vuestra alma saldrá de vuestro cuerpo. Feliz vos, jóven, que vais á morir, la muerte tiene la dulzura del sueño y del eterno descanso: abiertas os serán las puertas del cielo, llegad; Dios os llama y os habla por mi boca, la eterna felicidad os espera, sabed conquistarla.

D. José escuchaba enternecido las palabras de aquel anciano; su corazon sentia el valor, y su cerebro se iluminaba con una luz nueva, hermosa y desconocida; aquellas sencillas palabras, pero que habian sido pronunciadas con tanta fé, habian hecho nacer la fé en aquella alma que pocos momentos antes se estremecía en la duda.

La fé es como la luz, no se esplica, se vé, se sienté, se comunica.

El orador mas elocente, no convence sin fé con todos

sus bellos discursos como una sola de las palabras de un verdadero creyente.

La fé es la elocuencia de las almas que no necesita expresarse con la palabra, irradia del espíritu al través del muudo material.

¿Con la fé se puede mudar el asiento de una montaña? esto no es mucho: con la fé se puede llegar hasta el trono de Dios, ó sentir á Dios junto al lecho del mísero y espirante mortal.

Mallades tuvo fé, miró á Dios, y enteramente resignado cayó de rodillas á los piés del sacerdote.....

Cerca de una hora aquellas dos almas estuvieron confundidas en el seno de la relijion.

El hombre depositaba en el corazon del sacerdote el secreto de sus culpas y el dolor de sus extravíos.

El sacerdote, en nombre de Dios, purificaba el corazon del que iba á morir para que llegase limpio á la mansion de los justos.

Las lágrimas del arrepentimiento caian sobre las rodillas del confesor.

El llanto de la caridad sobre la cabeza del penitente.

Se escuchó rumor á la puerta, sonaron las seis de la mañana y D. José de Mallades se estremeció. La puerta se abrió y penetraron por ella carceleros y verdugos llevando la siniestra silla que debia servir para el suplicio.

D. José se levantó horriblemente pálido, pero sereno y se sentó en la silla.

—No olvideis mis encargos—dijo al sacerdote.

—No, morid tranquilo—contestó el padre.

Los verdugos pasaron una cuerda alrededor del cuello de D. José, que al sentirla tembló, exclamando:

—Cuerpo, ¿por qué tiembles?

Con el silencio mas pavoroso los verdugos hicieron sus preparativos.

El sacerdote entregó á D. José un crucifijo, que el desgraciado jóven llevó á sus labios con devocion.

Derepente se oyó crujir algo, y una espantosa convulsion ajitó á D. José.

—Jesus te acompañe— gritó el sacerdote. . . .

Todo habia terminado, y el gallardo D. José de Mallades, no era ya sino un cadáver.

El sacerdote recojió el crucifijo que aun tenia entre sus manos y le cerró los ojos, y le quitó una cadena con un relicario que tenia en el cuello.

Aquella noche ni la reina, ni el padre Nitardo, ni D. Fernando de Valenzuela, ni su esposa habian dormido.

D. Fernando y D^a Eujenia habian esperado en la antecámara, sin atreverse siquiera á hablar, tanto terror les habia causado la noticia que les habia comunicado Benavides.

La reina y su confesor habian leído todos los papeles recojidos á D. José de Mallades.

Al separarse el padre Nitardo, S. M. habia dicho:

—No me arrepiento de la orden.

Era la última esperanza desvanecida, en la suerte del infortunado D. José.

D. Fernando y D^a Eujenia se acercaron á un balcón para ver la salida del sol.

La luz de aquella aurora estaba triste como su corazón: D^a Eujenia de cuando en cuando lloraba. Valenzuela respetaba su dolor, y callaba

—No pareceis recién casados—esclamó detras de ellos una voz dulce y sonora.

D^a Eujenia se volvió asombrada, y vió á D^a Laura, que con una fisonomía alegre los contemplaba.

—Infeliz—pensó D^a Eujenia—no sabe cuán grande es su desventura.

—Tan temprano en pié?—dijo D. Fernando á Laura procurando disimular.

—Sí, hoy entro de servicio, pero además de eso, no sé lo que he tenido; apenas he podido dormir, he estado tan inquieta que me ha sido preciso levantarme, no sabia qué hacer, y no ha sido poca mi fortuna en encontraros á los dos: ¿y vosotros qué haceis aquí tan de mañana? estais enferma, D^a Eujenia?

—No, por qué.

—Os veo pálida, y aun llorosa ¿os ha reñido ya D. Fernando? yo se lo contaré hoy á D. José, que os riñe, él que tanto os quiere y os defiende.

D. Fernando iba á contestar, pero sintió que se le anudaba la garganta.

En este momento, sonaron las seis.

—Una. . . . dijo con espanto D^a Eujenia contando las campanadas. . . . dos. . . . tres.

D^a Laura la miraba sin saber lo que aquello significaba; tenia miedo porque creia que su amiga se volvia loca.

—Cuatro. . . . continuó D^a Eujenia. . . . cinco. . . . ¡seis! ¡ay!

—¿Qué os sucede?—preguntó D^a Laura espantada al oír

su grito y al ver su densa palidez, y el temblor de su cuerpo.

—De rodillas, D^a Laura; de rodillas—gritó D^a Eujenia arrodillándose—Dios descarga en este momento su mano sobre vuestra cabeza.....

—¡Pues qué hay!

—Que en este momento quedais viuda—esclamó D^a Eujenia fuera de sí y sin comprender lo que hacia.

—¡Jesucristo!—gritó D^a Laura, y cayó desmayada.

—¿Qué has hecho?—dijo Valenzuela apresurándose á so correr á D^a Laura.

Pero D^a Eujenia no le escuchaba porque habia apoyado su frente contra las rejas del balcon, y se habia desvanecido tambien.

En aquellos momentos espiraba D. José de Mallades.

XI.

Como supo el Sr. D. Juan de Austria, la muerte de su amigo D. José de Mallades, y lo que hizo entonces.

DOÑA Laura fué conducida á su aposento por D. Fernando y D^a Eujenia, la desgraciada jóven estaba en una situacion verdaderamente alarmante.

En los primeros momentos, lloró, gritó y parecia que iba á volverse loca.

En vano fué que Valenzuela y su esposa trataran de calmarla: aquel dolor no tenia consuelo.

Pero poco á poco fué serenándose, su llanto dejó de correr y entró en un silencio sombrío, mas terrible aun que los anteriores estremos.

Se le hizo creer á la reina y á la corte que habia amanecido enferma, y al principio, como aun no se habia esparcido la noticia de la muerte de D. José de Mallades, nadie hizo alto en aquella enfermedad repentina.

Cerca del medio dia, un sacerdote entró en palacio, se dirigió á las habitaciones de las damas, y solicitó ver á D^a Laura.

En vano D^a Eujenia y Valenzuela le hicieron presente que estaba indispueta, en vano trataron de comprometerlo á retirarse ó á que les dijera al menos el objeto de su visita; el sacerdote insistió de tal manera, que fué preciso avisar á D^a Laura.

—Que pase inmediatamente—dijo la jóven—quizá Dios me envia providencialmente los consuelos de la religion.

El sacerdote penetró al aposento, y D^a Laura apenas pudo levantarse para recibirle.

Valenzuela y D^a Eujenia los dejaron solos.

—Señora—dijo solemnemente el sacerdote—golpes como el que ha sufrido hoy vuestro corazon, solo Dios podria curarlos, pero no lo hará, señora, porque el dolor es el crisol que purifica las almas, es el hilo de oro que enlaza al hombre con el cielo; sentid el peso de vuestra pena; Dios está entonces á vuestro lado, porque Dios está con los que lloran y no con los que gozan; por eso dijo Jesucristo: Bienaventurados los que lloran.

—¿Sabeis, padre, la pena tan grande que me aflije?

—Sí, yo he asistido á D. José en su trance postrimero.

—Vos, señor?... ah!... decidme, habladme de él... ¡alma de mi alma!... mártir de la tiranía mas horrible....

—Sí, señora, mártir, mártir, porque aquella resignacion era digna de un mártir....

—Referidme—esclamó Laura llorando otra vez.

—¿Para qué, señora? ni yo tendré resolucion para contar nada, ni vos pora escucharlo.... Tomad.

—¿Qué es esto, señor?....

—Esta cadena con este medallon lo tenia él al cuello; quiso que yo mismo os lo entregara, pero que no se lo quitase hasta despues que hubiera exhalado el último suspiro.

Laura jemia de una manera que las lágrimas brotaron de los ojos del sacerdote.

La jóven cubria de besos aquella cadena.

—Oidme, señora—continuó el padre—D. José me ha dicho solo para vos, “que no me olvide, que rece por mi alma, y que perdone como yo perdono á los que me quitan la vida.”

—¿Olvidarle? ah! jamás, jamás.... ¡pero perdonar á sus asesinos! nunca podré, nunca, os lo juro.... le vengaré....

—Mirad, señora, que la venganza....

—Nada me digais, padre, porque nada oiré....., nada..... juro vengarle! y le vengaré!....

—No quiero en tales momentos contradeciros, y me retiro.

—¿Cómo os llamais, señor?

—Fray Anjelo, del real convento del Escorial de la órden de nuestro padre San Gerónimo.

—Fray Anjelo, no me olvideis á mí en vuestras oraciones, que á él estoy segura de que no lo olvidareis nunca.

—Nunca, señora. Dios os envíe su santa resignacion, que la necesitais.

—Pedídselo al Señor.

—Así lo haré, aunque soy su indigno ministro.

La jóven besó la mano de Fray Anjelo, que salió de la estancia diciendo á media voz:

—¡Pobre humanidad!

—Le vengaré, le vengaré—repetia maquinalmente D^a Laura.....

Nada es mas pronto conocido en política que lo que se

pretende hacer con mas secreto, sobre todo, cuando los gobiernos no cuentan con las simpatías de los pueblos.

Apenas leyendo y estudiando la historia pueden los pueblos ahora comprender cuánto deben á esos apóstoles de la democracia y de la libertad que han venido de jeneracion en jeneracion naciendo y muriendo, para formar naciones de las que habian sido hordas de esclavos; ciudadanos, de los que habian sido párias ó ilotas en su misma patria.

¡Cuántos mártires ha necesitado la humanidad para conquistar los derechos del hombre!

Ahora se reirian los mas retrógrados absolutistas si un rey quisiera disponer en su testamento de una nacion, regalándola á un príncipe extranjero ó dividiéndola entre sus parientes, como divide un padre de familia su heredad entre sus hijos.

Y sin embargo, esta era la cosa más comun en los tiempos de las monarquías absolutas; eso de "integridad de el territorio," casi no tenia entonces significacion.

Se quejan algunos hombres de las revoluciones que cambian los sistemas de gobiernos, cuando esto no es sino la prueba del libre albedrio de las naciones, la prueba de que está en su mano su modo de ser.

En aquellos tiempos habia tambien sus revoluciones y sus intrigas políticas, pero para vergüenza de la humanidad, casi todas se reducian á la caída de un favorito y á la elevacion de otro, es decir, al cambio de un juguete ó de un capricho del soberano, que costaba muy caro á los pobres pueblos.

El rey decia: "Mi Reino," y era suyo, y el pueblo, decia: "Mi rey," y era su rey, no su gobernante, "su amo."

De eso á lo que hoy pasa en el mundo civilizado, cuánta

distancia, pero tambien cuánto trabajo para conquistarlo.

La democracia se ha enseñoreado casi, hasta en las mismas monarquías.

Las constituciones son ya para los monarcas el Buitre de Prometeo que les roe las entrañas.

Las monarquías no tienen ya mas que las caretas de tules: esto es, el nombre y la pompa.

Y aun eso lo sufren los pueblos con disgusto, porque los pueblos no están conformes con ese carnaval.

Pero ese carnaval no puede ser eterno, y poco á poco esas caretas se irán desprendiendo.

Los reyes llegarán á ser para los pueblos que hoy los soportan solo un recuerdo y una leccion de esperiencia, como lo es hoy para nosotros el tribunal de la inquisicion.

Asunto de novelas.

Y habrá aun entonces quien suspire por ellos y los defienda.

¿No hay hombres que esperan aún la venida de Jesucristo?

La humanidad tiene aberraciones que hacen llorar, y que hacen reir.

Por eso Heráclito, era un loco.

Por eso Demócrito era un demente.

Ninguno de los dos tenia razon en su sistema, la historia rie y llora.

La historia es la verdadera maestra de la filosofía.

.....

 D. Juan de Austria disponia en la Coruña su partida para llevar refuerzos al Bramante.

Sabia que en la corte trabajaban sus partidarios, tenia

confianza en ellos y de un momento á otro esperaba noticias de Madrid.

La tarde iba cayendo, y el príncipe acompañado de Patiño, su secretario, habia salido á visitar los campamentos á caballo.

El príncipe iba meditabundo; el tiempo corria y no llegaba noticia alguna de la corte.

—Paréceme—decia el príncipe—que nuestros amigos duermen ó alguna cosa muy grave debe acontecer en Madrid.

—Razon tiene V. A., para estar impaciente, por la circunstancia de ser tan complicados los negocios del Estado, pero no hace tanto tiempo que faltan las noticias de Madrid.

—¿Cuándo llegó la última carta?

—Mi hermano háme escrito carta que recibí ayer, notificándome para que diera parte á V. A., que debia reunirse una junta con el objeto de tomar una providencia definitiva.

—Quizá no sea culpa de ellos. . . . pero la impaciencia me devora; casi imposible es ya demorar por mas tiempo nuestra partida.

—Yo espero esta noche algun correo.

—Dios lo permita. . . .

En este momento se alcanzó á ver á lo lejos un jinete que se dirigia á toda rienda al campamento. Seguía un criado y los dos se acercaban velozmente.

—Si el corazon no me engaña—dijo el príncipe—mensajero es de la corte ese que hácia nosotros se llega.

—Tal me parece.

—Sal á encontrarle, que quizá venga en busca mia.

Patiño picó su caballo y salió al encuentro del que llegaba.

Era este un jóven esbelto y delgado, casi parecia un niño, hasta en la timidez que manifestó al encontrarse con el secretario de D. Juan.

—¿Venís por ventura—le preguntó Patiño—en demanda del príncipe?

—A él precisamente busco, que graves noticias traigo de Madrid. . . .

—Pues aquí teneis á S. A.—dijo Patiño mostrándole al príncipe, que llegaba en aquel momento.

El jovencito se quitó el sombrero, y echó pié á tierra para saludarle y besarle la mano.

—¿De parte de quién venís?—preguntó el príncipe.

—De mi parte—contestó el jóven.

—¿De vuestra parte?

—Sí, señor, para anunciar á V. A. una cosa terrible.

—¿Y qué cosa? hablad.

—Señor, el mejor amigo de V. A., en Madrid, el caballero José de Mallades, ha sido ejecutado. . . .

—¡Ejecutado!—esclamaron el príncipe D. Juan y su secretario.

—Sí, señor, le han dado garrote.

—¿Es posible!

—Por desgracia.

—¿Pero vos quién sois? qué os mueve á traer esta noticia? yo no os conocia en la corte.

—El pajecillo se acercó al príncipe, procuró alzarse sobre la punta de los piés para llegar mas cerca de su oido, y le dijo en voz baja:

—Yo soy D^a Laura de Pacheco.

—D^a Laura! exclamó el príncipe. . . . ¿Una de las damas de S. M.?

—La misma, señor.

—¿Pero cómo? ¿vos aquí? en ese traje? ¿portadora de tan infausta nueva? yo no comprendo todo esto. ¡Patiño, aquí debe haber alguna cosa estraña: espícame!—¡Pobre Mallades! infames, infames, sí, señora, vuestros partidarios, los partidarios del jesuita. . . . ¿y vos venís á anunciarme ese asesinato, enviado sin duda por el padre Nitardo, para ver si me intimidó? Oh! yo los castigaré á todos! lo ois, señora? ¡á todos!—el príncipe estaba furioso y se dirigia á D^a Laura como amenazándola.

—Príncipe—yo vengo á demandar justicia ó venganza.

—¿Justicia? ¿venganza? ¿vos? una dama de la reina, una *Nitardina*?

—La venganza ó justicia, en nombre de ese mártir que murió por V. A., en nombre de D. José de Mallades.

—¿Pero vos, señora? esplicadme. . . .

—Príncipe, D. José de Mallades era mi primero y mi único amor, yo era su esposa ante Dios; V. A. es para mí el representante aquí de Dios, por eso á él ocurro, venganza, venganza ó justicia.

—Patiño ¿qué dices de esto?

—Señor—dijo el secretario quitándose respetuosamente el sombrero delante de D^a Laura—D. José, que en paz descansa, me refirió mil veces sus amores con esta dama últimamente cuando estuvimos en Madrid; tiene esta dama derecho de pedir justicia ó venganza.

D^a Laura miró á Patiño con reconocimiento.

—Seguidme, señora—dijo el príncipe cambiando de tono y bajándose del caballo.

El secretario tomó de las manos del príncipe la brida y la pasó á un escudero.

Y el príncipe y el secretario y D^a Laura se dirigieron al alojamiento de S. A.

Al ver á D^a Laura al lado del príncipe parecia imposible que aquella jóven tan delicada hubiera sufrido en su corazon un golpe tan terrible y hubiera tenido resistencia para hacer un camino tan largo.

Pero la enerjía de aquella alma, estaba retratada en los ojos de la jóven.

Una mujer que se decide, vale mas que un hombre.

aseguro que veríais rodar su cabeza bajo el hacha del verdugo.....

—Oh! sí, señor, él, y no mas él es el culpable....

—¿Y en la corte saben vuestro viaje?

—No, señor: como todos conocian mis amores con D. José, todos han creído que me retiré á una soledad á llorar mi quebranto: necesitaba yo ver á V. A. y á nadie comuniqué el secreto de mi viaje: me creen en Madrid.

—¿Y estais dispuesta á favorecer mis proyectos?

—A todo, con tal de castigar á los asesinos....

—En tal caso, es preciso que volvais á la corte y que disimuleis; nadie debe saber que nos hemos visto, nadie en palacio desconfia de vos, y podeis por medio de D. Bernardo de Patiño, hermano de mi secretario, ponerme al tanto de cuanto allí se trame, y recibir mis instrucciones.....

—¿V. A. partirá para Flándes con el ejército?

—Imposible, no saldré de España, necesito que el padre Nitardo deje estos reinos, cuya ruina está causando.

—S. M. no lo consentirá, el favorito tiene sobre S. M. un influjo poderoso y decisivo; sus amigos acusan á V. A. de querer turbar la paz de la monarquía por personales ambiciones.

—No importa, ese hombre pierde el reino y es preciso alejarle, estoy resuelto ¿podreis mañana mismo regresar á Madrid?

—Si así lo dispone V. A. partiré.

—Será mejor, una dama de vuestra calidad no debe andarse esponiendo á los caminos, cuando puede ser tan poderoso auxiliar en la corte misma, y pondré á vuestras órdenes una compañía de jinetes que os escolte.

—Quizá no sea necesaria la escolta.

XII.

De lo que hizo el Sr. D. Juan de Austria, y de lo que determinó la reina Doña María Ana.

DON Juan de Austria y su secretario comenzaron á informarse detenidamente con D^a Laura acerca de lo ocurrido con Mallades.

—Admírame, señora—decia el príncipe—resolucion tan varonil como la que habeis tomado, cuando otra mujer se hubiera conformado con el llanto, única arma en jeneral que tieuen y usan las damas.

—Señor—contestó D^a Laura—al principio lloré, lloré como débil mujer, porque D. José habia sido mi único amor, pero mi corazon agotó sus lágrimas, lo intenso del dolor mató esa sensibilidad, y entonces, señor, un deseo ardiente de venganza me preocupó; para vengarle, señor, volví mis ojos por todas partes y solo en V. A. encontré una esperanza.

—Y por mi fé—dijo sombríamente el príncipe—que no os habeis engañado; le vengaremos, y juro por la sangre de Mallades, no descansar hasta que esté fuera del territorio español ese padre Nitardo.... ¡ah si no fuera sacerdote! os

—En estos tiempos ninguna precaucion está por demás: antes de partir recibireis unos pliegos que debeis entregar á D. Bernardo de Patiño.

—Muy bien, señor.

El príncipe hizo disponer aposento para D^a Laura, y á la mañana siguiente, la jóven se despidió de él, recibió unos pliegos, y escoltada por cien jinetes, se dirigió para la capital.

.....

La muerte de D. José de Mallades preocupó en la corte terriblemente los ánimos; muchos se ocultaron porque temian verse comprometidos, y todos esperaban consternados la resolucion que tomaria el príncipe al saber aquella noticia funesta.

Los ánimos de los partidarios se exaltaron mas y mas cada dia, y lo que hoy pudiera llamarse el pueblo murmuraba de la reina, que por el ciego capricho de sostener en la privanza al favorito, causase tantos trastornos y tanta ruina.

Valenzuela mismo á pesar de su cariño y de su profunda gratitud para el padre Nitardo, comprendió cuanto mal habia en todo aquello.

Desde la noche del sarao en la casa del marqués de Rioflorido, D. Fernando no habia vuelto á ver sino de lejos á D^a Inés, sostenido en la resolucion de casarse con D^a Eugenia, por Laura y por D. José de Mallades; sentia una especie de vergüenza de encontrarse con aquella mujer cuya amorosa correspondencia habia casi conquistado en una sola noche y á la que habia abandonado así, de una manera tan inesplicable para ella.

Dijose en la corte que uno de los altamente comprometidos á los ojos de S. M. era el marqués de Rioflorido: se susurró que habia órden para aprehenderle y mas se confirmó la noticia porque D^a Inés de Medina, vestida con negras tocas se presentó una mañana en palacio y obtuvo por influencia del confesor de S. M. una audiencia secreta con la reina.

D^a María Ana de Austria recibió en su cámara á D^a Inés que entró á ella conducida por el padre.

D^a Inés se arrojó á los piés de la reina.

—Levántate, la dijo D^a María Ana—el servicio que has prestado á la monarquía merece bien ese salvo-conducto que te ha dado el Reverento padre, y que yo confirmo solemnemente.

—Permítame V. M.—contestó D^a Inés—besar esa real mano, que me colma con tantos favores; mi padre será de hoy mas el súbdito mas fiel y mas profundamente agradecido de V. M.

—No es á mí sola á quien debe estar agradecido, es al padre Nitardo.

—V. M. crea que mi padre abriga ese mismo sentimiento de que habla V. M.

—El padre te ha dado por el servicio que has hecho un salvo-conducto para tu padre; á tí yo quiero premiarte, pide una gracia.

—¡Oh, señora, cuán jenerosa es V. M!.... yo temo pedir.... quizá sea mucha ambicion.....

—He empeñado mi real palabra; ¿qué deseas?

—Entrar al servicio de V. M.

—Padre—dijo María Ana—D^a Inés de Medina es ya desde hoy una de mis damas.

—Gracias, señora—dijo arrodillándose D^a Inés—V. M. es muy jenerosa.

La reina hizo un movimiento, presentando su mano á Inés para que la besase. Esto queria decir que la audiencia estaba terminada.

D^a Inés salió radiante de felicidad, murmurando en voz baja estas palabras:

—Ahora sí estaré cerca de él, él me amará ó hare morir cuanto él ama y cuanto le rodea.—¡Ah Valenzuela!....

Al dia siguiente se supo que el viento habia cambiado para la casa del marqués de Rio-florido, y que no solo no entraba él á una prision, sino que su hija Inés era una de las damas de la reina.

D^a Laura aun no se presentaba en la corte, todos y hasta la reina misma la creian ocupada en llorar á su amante, y todos respetaban su dolor.

Entre tanto D^a Laura llegaba á Madrid de vuelta de su conferencia con D. Juan de Austria.

Muy pronto se supo tambien en la corte que el príncipe D. Juan de Austria estaba resuelto á no partir para Flándes, con el pretesto este era el termino de que se usaba, de sus enfermedades.

D^a Laura se volvió á presentar por aquellos dias á la corte, y á escepcion de su mortal palidez, nada se advertia en su persona que indicara el terrible golpe que habia sufrido en su corazon.

D^a María Ana de Austria tratóla con grandísimo cariño, y su desgracia la hizo mas apreciable á los ojos de todo el mundo.

La reina y el padre Nitardo estaban indignados con la conducta del príncipe, y como ambos ignoraban que Laura

conocia el aleman, hablaban delante de ella sin cuidado.

Una mañana la reina se hallaba sola con D^a Laura, cuando llegó el confesor.

—¿Háme enviado á buscar V. M?—dijo en aleman.

—Sí, que deseo comunicaros una grave noticia.

—Escucho á V. M.

—Esta mañana he recibido en audiencia al capitán Pedro de Pinilla, de los tercios de Flándes, y habiéndose arrodillado delante mí me pidió permiso para hablarme de un asunto y refirióme que él estaba en el campamento cuando llegó allí mi órden, para que D. Juan de Austria se retirara á Consuegra, dejando su empleo al condestable de Castilla, que D. Juan profirió grandes imprecaciones, y que á poco tiempo llegó tambien una carta de Bernardo de Patiño, hermano del secretario de D. Juan, en la que le participaba que se habia presentado al Consejo decreto contra el príncipe tratándole de desobediente, y dando por nulo el pretesto de su enfermedad, aconsejábale Patiño al príncipe la rebelion, y haciale grandes ofertas en nombre de sus partidarios.

—Crea V. M. que el príncipe conspira ya para ser declarado infante, y alzarse poco despues con el reino, y que ya es necesario proceder con enerjía.

—¿Y qué paso os parece prudente?

—Es ante todo necesario, si V. M. no dispone otra cosa, prender á Patiño.....

—Bien me parece.

—Y luego, mandar á Consuegra á aprehender al príncipe.

—¡Ah!—esclamó D^a Laura al escuchar esto y no pudiendo reprimir su asombro.

—¿Qué sucedió?—preguntó D^a María Ana de Austria mirándola con espanto.

—Señora, perdóneme V. M.—contestó Laura—hace algunos días que siento dolores repentinos en el corazón que me hacen gritar algunas veces.

La reina se tranquilizó y anudó la conversación.

—Creí que había comprendido algo—dijo en alemán al padre.

—Es imposible, no comprende el idioma.

—Vale más, ¿conque deciais?

—Que es preciso que esta misma tarde salga un comisionado á aprehender al príncipe, duro extremo pero necesario por desgracia.

—Necesario. . . ¿y quién podrá desempeñar comisión tan peligrosa?

—Había yo pensado proponer á V. M. para ese caso al marqués de Salinas, leal y adieto, enemigo del príncipe y de los suyos.

—¿Con cuánta jente?

—Bastarían cincuenta oficiales.

—¿Y si el príncipe se resistiese?

—Irán de reserva para ese caso cinco ó seis compañías.

—Muy bien.

—¿Me autoriza V. M. para dictar esas medidas?

—Si las creis útiles.

—Sin duda. . .

—Obrad entonces así, y sepan esos hombres que la unanimidad que he usado con ellos no es cobardía.

El padre hizo una profunda reverencia y salió.

D^a Laura no sabía que hacer, no podía retirarse de la cámara de S. M. y el tiempo pasaba.

Era seguro que el padre Nitardo tenía ya preparadas todas las cosas para aprehender al príncipe esperando no más la oportunidad para arrancar á la reina el consentimiento.

Era urgente avisar al príncipe, porque si él no estaba prevenido podrían sorprenderle y aprisionarle, y entonces su vida corría grandes peligros.

Una hora perdida era quizá la muerte para el príncipe: el recuerdo de D. José de Mallades vino á herir de nuevo á Laura, y en aquella congoja, y pensando pretestar una enfermedad para salir de la cámara de S. M., se afectó tanto que realmente se enfermó y perdió el sentido.

Aquella naturaleza gastada rápidamente por el dolor, y consumida por ese combate cruel de la voluntad con el corazón, que se llama disimulo, no podía resistir mucho, y cada impresión fuerte la hacía vacilar.

Cuando volvió en sí, dos lacayos la conducían en un gran sitial á su aposento, y D^a Eujenia la acompañaba mirándola con tierno interés.

D^a Laura abrió los ojos y su primer pensamiento fué incorporarse y hacer que la dejaran ir por sí misma, pero instantáneamente reflexionó que debía prolongar su enfermedad para tener tiempo de enviar aviso al príncipe y si posible era á D. Bernardo Patiño.

Una vez en su aposento, los lacayos se retiraron y Laura quedó á solas con D^a Eujenia.

Abrió entonces los ojos y miró á su amiga.

—¿Qué ha sido?—dijo ésta.

—Nada, un desmayo, debilidad.

—¿Quereis que llame á un médico?

—Oh! no, no es para tanto, creo que descansando un poco estaré bien.

—En tal caso me retiro.

—Y yo con vuestro permiso me recuesto. . . .

D^a Laura se acostó en su lecho, D^a Eujenia cerró los batientes de los balcones para disminuir la luz, y luego salió cerrando tras sí la puerta.

D^a Laura permaneció un rato inmóvil, y cuando creyó que su amiga iba lejos, se levantó precipitadamente y cerró la puerta por dentro.

XIII.

De como supo el principe D. Juan de Austria que le mandaba prender la reina, y lo que hizo.



COSA de diez leguas de Toledo, sobre una fértil llanura, falda de una sierra, se levantaba la villa de Consuegra ó Consuvuera, como dicen los anticuarios que le llamaron sus fundadores.

Dos castillos estaban como en atalaya de la villa, ó como recuerdo de sus dominadores, el uno fabricado por los romanos y el otro por los árabes.

Consuegra tenia en la época á que nos vamos refiriendo, mil quinientos vecinos, era la residencia del gran prior de Castilla, y como tal la habia escogido el príncipe D. Juan para retirarse, cuando abandonó el ejército que partía para Flándes.

Desde allí seguia dirijiendo y animando á sus partidarios, y tenia allí una especie de pequeña corte.

Un hombre cubierto de polvo y que montaba un soberbio caballo, pero que apenas podia caminar por demasiada fatiga, penetró en la villa casi al cerrar la noche y se dirigió sin vacilar á la casa que habitaba el príncipe.